

BOLETIN DOMINICAL

CONSGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra, y reposó el día sétimo. Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

(GEN. CAP. II, VERS. 2 Y 3)



Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la Ley de Dios.)

EL BUEN PASTOR.

Es Jesucristo el que habla en el Evangelio de la presente Dominica y habla de sí, abriendo su corazón de Padre amoroso para alimentarnos con su misma carne, para enriquecernos con sus dones, para guiarnos por caminos de vida eterna y darnos amparo y abrigo bajo su cayado de Pastor vigilante, solícito y salvador de la Iglesia, fuera de la cual no hay luz, no hay vida ni salvacion.

Yo soy, dice, el buen Pastor. El buen Pastor da la vida por sus ovejas. Mas el mercenario ó asalariado, y que no es él pastor, del que no son propias las ovejas; ve venir al lobo, y deja las ovejas y huye: y el lobo arrebató y esparce las ovejas y el asalariado huye, porque es asalariado, y porque no tiene parte en las ovejas. Yo soy el buen Pastor; y conozco mis ovejas y me conocen las mías. Como el Padre me conoce, así conozco yo al padre: y pongo mi alma por mis ovejas. Tengo también otras ovejas

que no son de este aprisco: es necesario que yo las traiga, y oirán mi voz, y se ará solo un aprisco y un solo Pastor.

Hé aquí bosquejado por el mismo Jesucristo el pastorado católico. El es el buen pastor y todos los pastores han de ser á su imagen y semejanza. Preséntase como verdadero modelo de sus ministros y determina con toda claridad las notas que debemos tener á la vista para distinguir los buenos pastores de los que son ilegítimamente, por intrusión ó por conveniencia propia. Vamos á homiliar brevemente sobre el sagrado texto para deducir de su rico fondo las obligaciones de los pastores católicos para con sus ovejas y las obligaciones de las ovejas para con sus pastores.

Es de notar el énfasis con que Jesucristo se anuncia como el *Pastor bueno*. ¿Significará con esta frase que todos los demás pastores son malos? No es esto lo que quiere decir Jesucristo cuando afirma de sí que él es el buen pastor. Jesucristo lo es por

naturaleza, por *esencia*, como dice la escuela, y los demás pastores lo son por participación, así como cuando dice la Santa Escritura, que *nadie es bueno sino sólo Dios*, entendiéndose que sólo Dios es la bondad esencial, infinita, y ejemplar, que una es la fuente de todo lo bueno que se encuentra en las criaturas. Es el buen Pastor y el modelo de los pastores que como él deben dar la vida por sus ovejas. Ministerio sublime y fecundo, pastorado divino instituido por Jesucristo para salvar á las ovejas errantes que habían perecido de la casa de Israel. Y de tal modo acredita Jesucristo ser él *Pastor bueno*, el buen pastor por excelencia que dió vida á las naciones y la dió con abundancia. Venció nuestra muerte con su muerte y comunicó su propia sangre á la humanidad, quedando desde entonces como señal de redención y levantada la Santa Cruz, arbol de vida, de salud y resurrección. Bueno es el Pastor divino que dió la vida por sus ovejas, por todas las ovejas de la inmensa familia humana, sin distinción de judío de griego ni gentil. Nació pobre, vivió perseguido y calumniado; sufrió afrentas y padeció ignominias, siempre habló palabra de verdad, y jamás hubo duelo en sus lábios; derramó gota á gota y en arroyuelos toda su sangre, y sus dolores, sus tormentos, su agonía hasta inclinar la cabeza dando el último aliento fué todo ello un testimonio elocuente de la verdad con que había dicho: Yo soy el buen Pastor.

Toda la vida de Jesucristo, modelo de pastores y de príncipes temporales, fué cruz y significó martirio, di-

ce S. Bernardo. Cosa dignísima y relevante es el pastorado católico, como todo principado temporal, en concepto de cargos y oficios egercidos en nombre de Jesucristo, pastor de los pastores, rey de reyes y señor de los que dominan. Así deben tomarse los cargos como se afecta un sacrificio. Será buen pastor el que dé la vida por sus ovejas, desvelándose por guardarlas, estudiando para instruir las, sanando sus llagas, consolando sus dolores, corrigiendo sus extravíos, meditando la forma de ganarlas para el cielo. Luz del mundo y sal de la tierra está encargado de llevar á todas partes la doctrina de la Cruz que disipa las dudas, destruye los errores, resuelve los problemas, tranquiliza las conciencias, apaga los ódios, ahoga las discordias, reconcilia las familias y restablece en medio de los pueblos el dulce reinado de las virtudes cristianas. Padre le llaman y así los ricos como los pobres, los niños como los ancianos á él acuden, seguros de hallar en el Ministro de Dios, un director prudente, consejero de las familias, juez pacífico en las discordias, *el padre* de todo un pueblo que decide las querellas invocando el amor de Dios, el amor á los hermanos, el perdón de las injurias, el olvido de los agravios las ventajas de la paz; la santidad de la profesion cristiana y las recompensas eternas del cielo.

Ministro de paz le llaman los pueblos y él la predica á todos, más no la paz como la entiende el mundo sino como la enseñó y la estableció Jesucristo, príncipe de la paz, como fruto sazonado del árbol, de la Cruz, que es la verdad y la caridad; la ver-

dad, incompatible con el error, y enemiga de toda doctrina impura y disolvente, la caridad incompatible con el pecado y el desórden, con los desafueros y rebeliones, con los excesos privados y con los escandalos públicos. La buena paz que es el amor de Dios y del prójimo, el amor á la virtud y el ódio á todo género de pecados, suele ser motivo de malas guerras, guerras suscitadas por los impíos, los disolutos y malos cristianos para destruir los frutos de la religión, madre fecunda de las buenas paces, y el ministro de Dios cuya milicia no es carnal si no espiritual está encargado de matar las malas paces, por medio de las buenas guerras. No ha sido enviado á traer esa paz funesta, la paz del entendimiento con el error, la paz de la voluntad con el pecado, la paz de las conciencias con el desórden, la paz de los pueblos con los públicos escándalos; no ha venido á consolidar esa paz ruinosa y culpable sino á destruirla con la espada de la buena guerra. *Non veni pacem mittere sed gladium.*

¿Quién puede comprender toda la grandeza, toda la importancia, toda la eficacia del ministerio sacerdotal en los asuntos públicos y privados, en órden á la reforma de las costumbres, á la santificación de las almas, á la paz de las familias y á la regeneración de la sociedad?

Que los impíos griten y blasfemen, que lancen contra el Sacerdote los dardos del insulto y de la calumnia, que los malos cristianos murmuren, persigan y contristen al Ministro de Dios, siempre será cierto que el pastorado católico es de institución divina; siempre será cierto que la sociedad

no puede vivir sin la Iglesia, ni los pueblos sin religión ni el mundo sin sacerdotes; siempre será cierto que el pastor de las almas formado segun el corazón de Jesucristo, tiene titulos y merecimientos á la veneración de los pueblos y á la gratitud de la sociedad toda vez que con su palabra, con sus solicitudes y abnegaciones acredita ser el buen pastor que da la vida por sus ovejas. *Pastor bonus animam suam dat pro ovibus suis.*

Así se conducen los buenos pastores; pero el mercenario, el que no es pastor, dueño de las ovejas, ve al lobo que viene, abandona las ovejas y huye, porque es mercenario. No basta llamarse pastor, es preciso serlo en realidad, es necesario no sólo tener titulos de sacerdocio sino misión recibida de los pastores legítimos. No bastan los titulos y la misión legítima, es preciso ser y mostrarse vivo retrato de Jesucristo, seguir sus huellas, imitar su vida, practicar sus ejemplos, morir, si fuera menester, por la salvación de las almas, por los intereses de la Religión y por los derechos de la Iglesia. Mercenario llama Jesucristo al que vive de la sangre, no de la leche y de la lana de las ovejas. Mercenario es tambien el que no habla, ni corrige, ni increpa, el que viendo acercarse el lobo á la manada, calla, en vez de gritar tolera el desórden en vez de condenarlo, huye cobarde en presencia del lobo en vez de auventarlo, abandona el aprisco en vez de guardarlo, entrega á la grey á la voracidad del enemigo en vez de morir por su salvación.

Mercenario es tambien el que busca honras y provechos, abandonando

los intereses eternos del místico baño y la gloria de Jesucristo, el que atendiendo á su comodidad toma el cargo pastoral y los puestos de la Iglesia como un oficio, servido con miras mundanas. Es asalariado el que calla cuando debe hablar; el que no sale por los derechos de la verdad y las prerogativas de la Iglesia; el que olvidado de su dignidad y de los deberes sacerdotales transige con el error triunfante y por afición por debilidad, ó por codicia ayuda, coopera, condesciende, forma pactos y alianzas con los enemigos francos ó solapados de las cosas, personas, derechos é instituciones de la Iglesia. Mercenario, asalariado y ladrón llama Jesucristo al que asalta los muros del edificio al que conquista los cargos y dignidades por medios reprobados, al que ejerce su ministerio, para destrucción no para edificación, al que ayuda ó de algun modo coopera á la ruina de la Religión, á las angustias de la Iglesia y á los dolores del Vicario de Jesucristo, primer y soberano Pastor visible de la Iglesia universal.

No es así como se conducen los buenos pastores formados á imagen y semejanza *del buen Pastor*. El conoce á sus ovejas y las ovejas le conocen á él y le piden confiadas aguas y pastos saludables. Las ovejas conocen al buen Pastor, le aman, le reverencian y se entregan á su dirección, seguras de que ha de conducir las por sendas de salud y defenderlas con su cayado. Y hacen bien por que Jesucristo ha dicho: El que á vosotros oye, á mi me oye; á mi me desprecia el que os desprecia á vosotros. Los que no oyen ni aman á los ministros

de Cristo, no los oyen ni los aman porque no quieren oír ni amar á Dios. *Nolunt audire te quia nolunt audire me.*

No hay hombre en la sociedad más digno de respeto y veneración que el ministro de Dios, el Sacerdote católico; no hay hombre en el mundo que desempeñe un papel más importante, que ejerza un ministerio más delicado, que reuna más abnegación, más caridad, más desinterés, que se sacrifique más por sus semejantes, y que más haga y trabaje por la dicha de los hombres y el bienestar de la sociedad.

Débase, pues, al pastor de las almas rendida obediencia como al representante de Dios, honor consideración, gratitud y amor filial como á quien es y se muestra ministro de Cristo y dispensador de sus misterios, Padre, médico, maestro, consejero, moralizador y salvador de las almas y de los pueblos. El es el más próximo á Dios y el más amigo de los hombres. El es ojo para el ciego, pié para el cojo, consuelo para el atribulado, remedio para el enfermo, guía para el extraviado, paño de lágrimas para los que lloran, aliento para los que sufren persecución y escudo para los que se ven oprimidos. El nos recibe en la cuna, nos acompaña en la vida, nos alienta en la vejez y cuando se acerca la muerte, cuando el sepulcro abre sus negras fauces, él nos abre las puertas del cielo donde está nuestra verdadera dicha, y nuestro eterno descanso.

EL PADRE NUESTRO.

Esto no es una amplificación, sino la exposición científica de un hecho que apenas preocupa y asombra á los mismos pensadores.

Todos le conocen, y nadie apenas fija en él su atención; es un hecho como la vida, como el sol: todos sentimos la vida, todos vemos levantarse el sol, y ¿quién, sin embargo, se ocupa de la vida y del sol?

Pues bien; un hecho extraño y maravilloso que todos conocen y en el que nadie se fija, es el del *Padre Nuestro*.

Almas ciegas é inconscientes compuestas de miseria, lodo y carne, no sonríais creyendo que éste es un sermón de un devoto: no es sino una observación científica, y yo no tengo la suerte de ser devoto, sino un hombre que duda tanto como vosotros, más acaso que vosotros.

Pues hace más de 1.900 años que un hombre, jóven y hermoso como los semidioses del cielo helénico, y pálido y triste como los ángeles de nuestras viejas catedrales, vivía en un rincón del Asia.

Como Platón, andaba siempre rodeado de amigos, á los cuales instruí. Y un día que había orado solo, dijéronle sus discípulos:

—Maestro, ¿qué oración debemos rezar? Enseñádnosla.

Y *El respondió*:

—Cuando queráis rezar decid: *Padre nuestro que estás en los cielos...*

Y en menos de un minuto les enseñó la oración que ha llenado el mundo y lo llenará hasta la consumación de los siglos.

Es la oración más corta y sencilla

que darse puede; pero sublime como aquel á quien se dirigía, sublime como Aquel que la enseñaba, sublime como el objeto por el cual se recitaba.

Y sin más, hé aquí el hecho humano que no cabe explicar sino viéndolo como un hecho divino.

Si existe el Ser Supremo á quien llegan las oraciones humanas, entonces oyó por vez primera una oración digna de El y desconocida hasta entonces del hombre.

Pudiéndose decir á la letra y sin metáfora que aquel día, en aquella oración, quedó salvada la distancia entre el cielo y la tierra; aquel día el linaje humano, errante extraviado, perdido sobre este globo, volvió á encontrar los títulos de su origen, que es celeste y los proclamó en alta voz.

Pero, sea de esto lo que quiera, no cabe admirar lo bastante el destino de esa oración cuyo origen narra con tanta sencillez el evangelista Lucas.

Ninguna palabra caída de los labios de un poeta, de un orador, de un filósofo, de un profeta, en ningún pueblo de la tierra, en ninguna época de la historia ha tenido, ni aproximadamente, semejante resonancia.

Recogida por los discípulos de Jesús, por sus sucesores, traducida en todas las lenguas y en todos los pueblos del mundo, esta oración no ha cesado desde entonces de subir de la tierra al cielo un sólo día, una sola hora, un momento, un segundo, un instante.

Ha sido la apelación incesante, la voz jamás interrumpida de la humanidad á Dios.

Quien tratara de contar las generaciones cristianas de los últimos mil novecientos años se vería hartamente ocupado, porque tanto valdría querer contar las estrellas de la vía láctea.

Pues multiplicad el número ya indefinido ó incalculable de las almas cristianas nacidas desde el Calvario por el número de veces que cada una de esas almas ha repetido el *Padre nuestro*, y vereis cual es el resultado.

Millares de millones.

Ahora mismo, mientras leéis este artículo, de millones de labios se eleva hácia Dios la oración admirable.

Pues ensanchad el pensamiento; llevadlo sobre todos los pueblos de ambos mundos; contemplad á todas las madres que de rodillas tienen á sus hijos sobre las rodillas; ved á los ancianos que marchan tristes y preocupados hácia el termino de su peregrinacion; entrad en Iglesias, monasterios, hospitales, donde quiera que se sufre, donde quiera que se ama: ¿qué oís? *Padre nuestro que estás en los cielos...*

Donde quiera, en todas las lenguas, en todos los dialectos, á todo instante del día y de la noche, esas palabras *Padre nuestro*, suben de la tierra al cielo, como caen de la atmósfera á la tierra apiñados é innumerables los copos de nieve y las gotas de lluvia.

De suerte que sí hay ángeles que rodeen al Altísimo, que escuchan y recogen todas las oraciones que parten de la tierra, pueden decir del *Padre Nuestro*: Esta es la lluvia de la tierra.

Pues bien, aun humanamente hablando, este hecho inmenso, eterno, porque vivirá lo que viva el hombre,

¿puede existir con verdad de la existencia del sol, no siendo sinó una quimera?

Yo puedo dudar mucho, pero no puedo menos de creer en Dios, á quien ese concierto de oraciones se dirige, como creyeron, entre otros idiotas de la edad presente y de la pasada, Pascal y Newton.

Y como el más sencillo de nuestros aldeanos y el más inculto de nuestros pescadores, creo que Dios se ocupa en nosotros, y puede darnos y quitarnos el pan cotidiano, y perdonarnos nuestras culpas, y ayudarnos á no abusar de lo que nos atrae y nos complace.

Creo que es el Padre comun del linage humano, y de muy buen grado uno mi pensamiento al concierto universal de voces, á la lluvia de oraciones que á todo momento y de todas partes sube de la tierra al cielo.

Y desde otro punto de vista más bajo, satisface á mi amor por la igualdad, la fraternidad, y aún por la libertad, saber como lo sé fijamente que el Emperador de Alemania y su orgulloso Canciller, todas las mañanas, al levantarse, recitan devotamente la oración de todo el mundo, la misma que Pedro, mi pobre criado español, repite con la misma devoción y exactitud que esos ilustres personajes al levantarse, al acostarse y muchas veces durante el día.

No hay más diferencia que la del sonido. En vez de decir en francés: *Notre Père*, mi criado dice: *Padre nuestro*, como el Emperador y su Canciller dicen: *Unse Vater*, lo cual es exactamente lo mismo.

Y en todos es lo mismo: reyes y mendigos, ricos y pobres, felices y

desgraciados, sanos y enfermos, cada uno en su lengua dice: *Padre nuestro*.

Y no quiero hablar de las consecuencias políticas y sociales de este hecho.

Puesto que llamamos nuestro Padre al mismo Dios, nos reconocemos implícitamente por hijos suyos, y declaramos por ende, que todos somos hermanos, y que tenemos entre todos y unos para con otros las obligaciones y deberes de hermanos.

¿Qué es esto? Todo un mundo de amor y dichas: ni más ni ménos. Es el reinado de Dios pedido en la misma oración *Venga á nos el tu reino*.

Obligacion de amarse, de auxiliarse, de socorrerse, lo cual implica la condenacion de las guerras, del ódio, de la injusticia, de la opresion, de las orgullosas desigualdades de la suerte, de la explotacion del débil por el fuerte.

¿Puede darse nada más bello? Los que se llaman nuestros hermanos en socialismo, pueden llevar más lejos su insensatez al ladrar contra un dogma cuya forma más tangible y universal es un acto auténtico de la fraternidad humana y de la filiacion divina del hombre?

Protéstese contra la sinceridad del evangelista Lucas, contra la fé sincera de todos los grandes génios que hace mil setecientos años repiten la oracion del Maestro atestiguando que Jesús no se ha engañado cuando enseñó á sus discípulos á rezar:

Padre nuestro que estás en los cielos...

Todo eso no puede tocar en lo más mínimo al dogma consolador que autoriza á un mendigo á llamar á Dios

su padre. tuteándole familiarmente.

Lo cual le permite considerarse, con justo título, como hermano, aunque olvidado, de los señores Rotschild, y aun si le agrada del señor Grevy.

Lo cual tambien le permite tener dignidad y vivir con consuelos y esperanzas.

B. BARBÉ.

(De El Figaro.)

VARIEDADES.

En la vecina poblacion de Torrente tuvo lugar anteayer la celebracion del santo sacrificio de la misa, que por primera vez lo verificó el jóven sacerdote hijo del mencionado pueblo, D. Isidro Mora y Mora.

A pesar de ser tan copiosa la lluvia; el acto no pudo ser más solemne.

A las nueve y media de la mañana fué conducido el jóven presbítero y demás acompañantes en varios carruajes á la parroquia. A las diez empezó el santo sacrificio de la misa, se cantó la misa de Mercadante, acompañada de *órgano* por varios cantores de la capital.

Asistieron al nuevo sacerdote en tan solemne ceremonia al señor cura párroco de dicho pueblo, el señor Oliver, vicario de San Martin de Valencia, D. Vicente Cervera, beneficiado de dicha parroquia, que desempeñó el cargo de *diácono*, y don Queremon Mora, que verificó por vez primera el de *subdiácono*.

Ocupó la sagrada cátedra el elocuente orador D. Nicolás David, que pronunció un razonado discurso

acerca de la sublimidad del ministerio sacerdotal, y de la grandiosa influencia que el sacerdote católico ejerce en la sociedad para su progreso, desenvolvimiento y desarrollo.

Le damos la enhorabuena por lo acertado que estuvo en su elocuente discurso.

Apadrinaronle el Excmo. Sr. don Antonio Rodríguez de Cepeda y doña Páscuala Medina y Mora, cuya señora vestía el hermoso traje de labradora á la antigua.

Le damos mil parabienes al joven sacerdote, á sus ancianos padres y su digno tío D. Francisco Mora, trémulo de emoción tuvo el gozo de estrechar entre sus brazos á su querido sobrino en tan sublime acto.

El nuevo presbítero ha sido nombrado vicario de Billamarchante, á cuya misión partirá dentro de poco.

En la Pascua el Padre Santo ha mandado distribuir á domicilio 150 lechos nuevos completos á otras tantas familias pobres.

Ha distribuido además en limosnas doce mil liras.

Ha sido nombrado Director del Apostolado de la Oración en esta Diócesis el Sr. Licenciado D. José María Pradales, Dean de esta Santa Iglesia Metropolitana, y Vice-Director el Sr. D. José María Cortés, presbítero, cuyos nombramientos han obtenido la aprobación de nuestro Excmo. é Ilmo. Prelado.

El Domingo 20 del actual pareció dársele á luz la anunciada Incógnita de Nuestro Santísimo Padre León

XIII acerca de la masonería.

Aun no conocemos este importantísimo documento sino por la traducción francesa; pero S. S. después de examinar todos los esfuerzos de esta secta contra el catolicismo, renueva todos los actos y disposiciones de sus predecesores contra la masonería, señala los remedios para atajar sus perniciosos efectos y encarga vivamente que los fieles del Universo todo, formen una liga santa de oración y de acción para oponerse á los esfuerzos de la francmasonería.

BOLETÍN RELIGIOSO.

Santos del día 27.

Santo Toribio, arzobispo de Lima.—San Juan Abad.—Santa Cita.

Santo Toribio, arzobispo de Lima. Nació en la villa de Mayorga, en el reino de León, y sus padres Luis Alfonso de Mogrovejo y Ana de Robles. Después de haber estudiado en Valladolid y Salamanca, mereció ser nombrado en Granada inquisidor, cuyo cargo desempeñó con gran prudencia. Habiendo conocido Felipe II la destreza que Toribio tenía en los negocios tan delicados, no dudó echar mano de él á propuesta de su consejo para el arzobispado de Lima. Nuestro Santo por humildad y desprecio de sí mismo se consideraba inútil para soportar una carga tan pesada; pero al fin tuvo que ceder. Fué solícito en cuidar del ornato de la Iglesia de Dios; y habiendo cumplido plenamente los deberes de un Apóstol, murió en el Señor el año 1606.

CULTOS. La hora circular corresponde á la parroquia de San Pedro y San Felices.

En el Carmen y las Adoratrices los ejercicios de los domingos á las cinco.

En San Luis los de la orden tercera á las tres.